

paisaje más maravilloso del mundo. De un lado, ondulaciones de peñascosa pesadumbre que bajan resbalando hasta las aguas del río, donde tú me recordaste tu poema del «río que no vuelve». Del otro lado, mi ciudad, la que no vuelve como tu río, la que está ahí, clavada en la cima de la más dura roca de esta península reseca, la que yo traslado a mis lienzos con premura, por el miedo a que se me vaya, como tú te has ido, poeta amigo. La que tú recorriste tan despacio, para no despertarla de ese sueño de profundidades, porque Toledo se quedó dormida en el siglo XVII, cuando estaba rebozada en su grandeza. Tú la contemplaste destrozada y vieja, y te quedaste asombrado de su dejadez; la dejadez de ser hoy y no ser mañana.

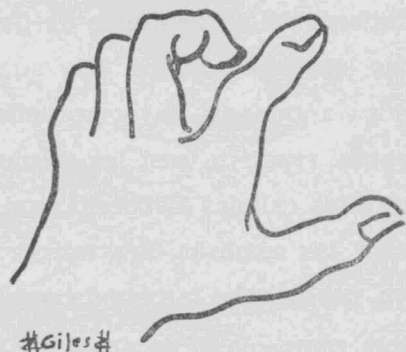
¡Oh el haber sido y no ser! ¡Oh el ser y no entenderla!

Todo esto ante el correr del tiempo, cargado con tantos siglos, o los siglos cargados con tanto tiempo. O también un rodar de eternidades.

Por eso ella —Toledo—, en la negra procesión de las noches, juega a perderse en la encrucijada del mago misterio castellano. Ella no quiere despertarse.

Tú así la comprendiste y así pasaste por ella engarzando en el secreto de la noche toledana, todas tus ambiciones de poeta.

Cuando nos despedimos, el grotesco pandero de la luna que se había situado encima de nosotros, hacía más largas las horas.



Hoy, al enterarme de tu muerte, escribo estas sencillas palabras como único homenaje de gratitud y expresión de mi dolor por ese vacío que has dejado...

Mientras, en el vago silencio de mi ciudad, brotará una oración por el alma del poeta perdido.

Toledo, otoño del 1959.

GUERRERO MALAGON